

*Nuevo Testamento*. Traducción, introducción y notas de Manuel Iglesias González (Madrid, Encuentro, 2003) 1029 pp. ISBN: 84-7490-680-6

La traducción del NT que Ediciones Encuentro pone ahora en nuestras manos no constituye una novedad absoluta; es ampliamente conocida (y reconocida) la *Sagrada Biblia* de la BAC Maior (Madrid 1979) en la que M. Iglesias se ocupaba, precisamente, del NT. Pero ello no resta interés a la presente publicación; no sólo las introducciones son totalmente nuevas, sino que las notas a pie de página han sido rehechas en su mayor parte, y la traducción ofrece numerosos elementos de novedad (cerca de veinte mil cambios, dice el autor) que nos sitúan ante una *nueva* edición. Notemos desde ahora el hecho de que –frente a la mayoría de las traducciones recientes– está realizada por un único autor, con lo que la unidad de criterio al verter al castellano los diversos libros del NT queda garantizada. Pasamos ahora a reseñar algunos apartados de interés (planteamiento general, traducción, presentación del texto, introducciones, apéndices finales).

*Planteamiento general*: la obra está dirigida a quienes no tienen acceso directo al texto del NT, pero desean conocerlo detalladamente. Gracias a las informaciones proporcionadas por Iglesias el lector es capaz de acceder a él tanto cuanto puede hacerlo quien no lee fluidamente el griego neotestamentario. Se trata de una *edición de estudio* del NT, obra de un especialista en gramática griega: el profundo conocimiento que de ella demuestra el autor le permite ofrecer un texto castellano que, dentro de su sobriedad, refleja fielmente el texto original. Cuando es necesario alterarlo de forma significativa por exigencias del idioma receptor o para explicitar su riqueza de significado, el autor ofrece a pie de página la “versión servil” que permite hacerse una idea exacta de la literalidad del texto.

La *traducción* está guiada por un criterio de doble fidelidad que, en caso de conflicto, privilegia la literalidad: “Por honradez, una traducción hecha a conciencia, y más si es de una lengua antigua, ha de sortear continuamente dos extremos defectuosos: por una parte, el literalismo a ultranza, que deja al lector a medio camino; y, por otra, la glosa fácil, solución de comodidad en los momentos difíciles (...) El primer deber de un traductor ante un texto difícil es reconocer que no lo entiende en toda su complejidad. Entre dos fidelidades –al autor y al lector–, en caso de conflicto se debería preferir la fidelidad al autor (que en la Biblia es, también, fidelidad al Autor, con mayúscula)” (pp. 11-12). Se trata –citando a Ortega y Gasset– no de llevar al autor al lenguaje del lector, sino viceversa: “Sólo cuando arrancamos al lector de sus hábitos lingüísticos y le obligamos a moverse dentro de los del autor, hay propiamente traducción” (p. 12, n. 2). Los paréntesis cuadrados, que permiten insertar en el texto aquellos elementos necesarios para la traducción pero ausentes del original, se multiplican casi hasta el escrúpulo. Pero Iglesias consigue que esta fidelidad no tenga nada de servil: al contrario, gracias a su notable competencia lingüística y a su exquisita sensibilidad literaria logra una versión castellana de gran belleza y, a la vez, reflejo fidedigno del texto original. El lector podrá comprobar cómo, incluso en aquellos pasajes paulinos de sintaxis compleja, Iglesias es capaz de ofrecer una traducción acertada y fluida; ver, por ejemplo, Rm 9,22-24. Ello no le impide optar a veces por una forma textual

distinta de la del *textus receptus* (ver por ejemplo la lectura en singular de Jn 1,13, prolijamente justificada en nota); o bien –no sin cierta audacia– incorporar a la traducción los matices gramaticales (por ejemplo en Jn 19,35 traduce los dos perfectos resultativos [ὁ ἑωρακὼς μεμαρτύρηκεν] como “el que lo vio y sigue bajo el efecto de aquella mirada continúa testificando”). Las partículas griegas, los tiempos verbales, los semitismos sintácticos y semánticos son objeto de particular atención; un elaborado sistema de notas gramaticales (simplificado, por cierto, respecto de la edición de 1979) permite dar cuenta con brevedad de los fenómenos más frecuentes. Se trata, en fin, de una traducción especialmente atenta a las características gramaticales del texto del NT; las notas, que no pretenden hacer exégesis, están dirigidas fundamentalmente a este aspecto. No pocas veces, sin embargo, las notas bordean el campo de la interpretación: explican el alcance teológico de numerosos términos e incorporan además iluminadores testimonios del mundo religioso contemporáneo de Jesús, de la vida de la Iglesia y de su Magisterio, así como comentarios selectos de nuestros clásicos de espiritualidad y de literatos del Siglo de Oro español.

La *presentación* –al igual que la realización material de la obra– es de gran calidad; tanto en los diálogos como en los pasajes poéticos, la disposición del texto refleja sus características literarias. El autor ha pretendido que sea posible una “lectura continua” sin interferencias; incluso los títulos, en negrilla y acompañados de referencia a los pasajes paralelos, están entre corchetes si son añadidos (en no pocos casos Iglesias emplea como título las palabras iniciales de la perícopa). En el margen externo hallamos en cursiva las “citas bíblicas directas” o explícitas; sería de desear que también las referencias bíblicas de diverso género (agrupadas en letra pequeña al final de cada capítulo) estuvieran en el margen, ya que esto facilitaría notablemente tanto el estudio como la *lectio divina*. ¿Quizá en una próxima edición?

La *introducción general*, pequeño “tratado” de teoría de la traducción, presenta los criterios fundamentales que han guiado la elaboración de esta obra, y que ya hemos indicado. Sendas *introducciones* particulares preceden a los Evangelios, a los Hechos de los Apóstoles, a los escritos paulinos, a las Cartas Católicas y al Apocalipsis; en ellas, con sencillez y claridad, se ofrecen los criterios hermenéuticos y los datos básicos para la comprensión de los diversos libros sin pretender una exhaustividad propia de estudios específicos.

Dos *apéndices* finales completan la edición: un *índice analítico* que remite a las notas donde se explica cada palabra, posibilitando así abordar los principales temas teológicos e históricos; y un *glosario* de términos gramaticales, literarios y rabínicos que en el cuerpo de la obra aparecen señalados con un asterisco. Ambos complementos (dado el planteamiento general de la obra, hay que resaltar la funcionalidad del segundo) resultan de extraordinaria utilidad para un estudio provechoso del NT. Nos hallamos, en fin, ante un magnífico instrumento para quien desea escuchar los acentos más genuinos del NT; apto para el estudio y la lectura personal, abierto también a su contenido teológico y al significado espiritual, de indudable proyección pastoral. Estímulo constante y ayuda eficaz para una comprensión siempre renovada de los escritos neotestamentarios.